

poleon ni siquiera este atrincheramiento le quedó; pues ni esta joya tan preciosa pudo salvar en aquel horroroso cataclismo.

Después de manifestar Napoleón su voluntad á los cuerpos legislativos, dispuso que saliera para México el Barón Saillard, siendo portador de una carta para Maximiliano en que le manifestaba serle imposible prolongar la permanencia del ejército francés en México; y al mismo tiempo llevaba instrucciones para el mariscal Bazaine y el Plenipotenciario francés en México; para que arreglaran la salida del ejército y procuraran tener de México la seguridad del pago de la deuda francesa, para lo cual pretendía se entregaran á empleados franceses las aduanas marítimas de Veracruz y Tampico.

Estas noticias causaron profunda sensación en México y no poca irritación en el ánimo de Maximiliano, que hasta se negó á recibir inmediatamente al Barón de Saillard; y es inconcebible, como apesar de esto, aun se comisionó en esos días al Sr. Hidalgo que había llegado á México, para que en unión del Sr. D. Teodosio Lares hicieran con el ministro de Francia, un tratado de navegación y comercio, teniendo en consideración las buenas relaciones que unian á los dos países, cuyo encargo rehusaron admitir las dos personas nombradas, conociendo la inutilidad de la misión que se les confiaba. Y es mucho más sorprendente, como supuesta la conducta del gobierno francés, aun se prestaba el Emperador á conceder al general Bazaine una influencia tan grande en los negocios del Imperio, hasta el grado de quitar por insinuación suya á los ministros Ramirez, Esteva, Peza y Robles Pezuela, sustituyéndolos con D. Martín del Castillo, D. José Salazar Ilarregui, el general García y D. Francisco Somera. Al quitar á sus antiguos ministros, dejaba predominar en su gobierno al influjo francés, y al po-

ner á los nuevamente nombrados, hacia predominar el elemento liberal moderado, que una experiencia bien triste le había demostrado ser una de las causas principales del ridículo y de la anarquía en que se hallaba el Imperio.

A mediados de Abril se despachó á París al general Almonte á desempeñar la legación que antes le fué confiada al Sr. Hidalgo, y como un encargo especial, llevaba el de celebrar con el gobierno francés un tratado que substituyera al de Miramar. Las principales bases de él, eran: que el ejército francés permaneciera aun tres años en México, al fin de los cuales había de dejar todo su material de guerra que previamente se había de justipreciar: que el tesoro mexicano pagaría veinticinco millones anuales por el gasto de las tropas francesas, aunque no se determinaban los términos de esta obligación: que al ejército mexicano solo se le comunicarían órdenes de Maximiliano: que se permitiría á los oficiales franceses servir en el ejército mexicano con dos grados más; y que Francia procurara con todos sus esfuerzos, que el Imperio fuera reconocido por los Estados-Unidos.

La situación del Imperio mexicano, la actitud hostil que tomaron los Estados-Unidos y aun la misma posición del Emperador Napoleón en Francia por la oposición que se hacía á su gobierno, principalmente por la expedición de México; eran motivos suficientes para no esperar que en aquellas circunstancias hubiera prestado más auxilios á México; pero á lo menos debía esperarse que se cumpliera exactamente con los compromisos contraídos en Miramar. No fué así sin embargo, pues con fecha 31 de Mayo dirigió el ministerio de negocios extranjeros de Francia á su representante en México Mr. Dandón, un despacho en que se le avisaba al gobierno mexicano, desecharse absolutamente el proyecto presentado



por el general Almonte, y repitiendo el propósito del Emperador de retirar todo su ejército, en los términos que se le había dicho en Eaero á las cámaras francesas y como estaba convenido con los Estados Unidos, conteniendo el despacho este párrafo que llenó de indignación á toda la corte de México. «Si S. M. el emperador Maximiliano aprueba las combinaciones que le serán presentadas, (estas eran las pretensiones que ya conocemos, ó de asegurar la deuda con el territorio de Sonora ó de entregar las aduanas marítimas á empleados franceses) se mantendrán los términos fijados para el reembarco sucesivo de las tropas francesas, y el mariscal Bazaine adoptará de acuerdo con S. M., las medidas necesarias para que la evacuación del territorio mexicano se efectúe en las condiciones mas favorables para el sostenimiento del orden y la consolidación del poder imperial. Si por el contrario, nuestras proposiciones fueren desechadas, no debemos disimular que, considerándonos en adelante libres de todo compromiso, y firmemente resueltos á no prolongar la ocupación de México, ordenaríamos al mariscal Bazaine que procediera con toda la actividad posible al reembarco del ejército, no teniendo en cuenta sino la comodidad militar y las consideraciones técnicas que solo él puede apreciar.»

La sensación que este despacho causó en México fué tanto mas profunda cuanto que se recibió en los momentos de saberse tambien la noticia que las fuerzas del general Mejía sufrían un descalabro en Matamoros. Su situación hacia tiempo que se venía haciendo difícil, así por la hostilidad que el ejército mexicano sufrió siempre de Bazaine, como por el abandono en que estuvieron las tropas de México por los desaciertos del gobierno imperial. Y como en proporción que á él se le aumentaban las dificultades, crecían los elementos para las fuerzas

republicanas que en la frontera mandaba el general Escobedo, en el mes de Mayo ya no conservaban las fuerzas imperialistas sino el recinto de las plazas fortificadas. Para que saliera una conducta de caudales de Monterey á Matamoros, y de este punto un convoy al interior, se combinó una marcha de dos columnas que custodiaran uno y otro saliendo la de Monterey á las órdenes del jefe francés Janingros y la de Matamoros mandada por el general Olvera: ambas debían auxiliarse en el camino, y en el punto donde se encontraran, debían cambiarse los objetos que custodiaban y volver al lugar de donde habían salido.

Como el convoy salido de Matamoros pertenecía á comerciantes de distintas plazas de la frontera, ellos para procurar la seguridad de sus efectos, buscaron con el general Escobedo la garantía de que sus mercancías no se perdieran en caso de ser derrotadas las fuerzas que las custodiaban; y al hacer esta operación, se impuso el jefe republicano de las medidas tomadas por el general Mejía: de manera que cuando las tropas republicanas proyectaban una expedición sobre Matehuala, la suspendieron y ocuparon el camino entre Monterey y Matamoros, esperaron la salida de la conducta y el convoy.

Lo que mas podía ahogar á los republicanos era la ocupación de los caudales de la conducta, recordando lo que les valió la ocupación de la de Laguna Seca el año de 1860, y desde luego su punto objetivo fué el ataque de la columna francesa; pero esta se vió obligada á fortificarse en la plaza de Cerralvo y allí pudo escapar del golpe que se le preparaba. Y como Escobedo sabía la combinación hecha entre los dos jefes imperialistas, dejó sobre Cerralvo al coronel Ruperto Martínez para que con un falso ataque detuviera allí á las fuerzas de Janingros, y él con el resto de su fuerza marchó violentamente al en-



cuéntro de Olvera á quien logró sorprender y derrotar en las lomas de Sta. Gertrudis, tomándole su artillería y municiones, más de mil prisioneros y todo el convoy, que aunque de efectos de particulares, no por eso corrió mejor suerte, pues unos efectos pagaron dobles derechos y una gran parte fué adjudicada al ejército como botín de guerra. Personas hubo que sufrieron entónces una pérdida tan considerable, que de allí data para ellas una época de desgracias mercantiles hasta consumir su ruina; de este número son los honrados y laboriosos hermanos Martinez Cárdenas de Monterey.

Con la pérdida completa de la fuerza del general Olvera y los grandes elementos del convoy, el general Escobedo podía aumentar considerablemente sus tropas, á la vez que el general Mejía quedaba tan débil, que no podía sostenerse en Matamoros, y tuvo que ajustar una capitulacion con el general Carbajal y otros gefes republicanos que se hallaban en Brounswille, en agencia de elementos para las fuerzas republicanas.

A consecuencia de estos acontecimientos y en virtud de las órdenes que el mariscal Bazaine tenia de su gobierno, salió luego para S. Luis Potosí; pero no para organizar mejor la campaña, sino para reconcentrar sus fuerzas, con cuyo objeto dió desde el Cedral las órdenes necesarias para que se replegaran á S. Luis las de la frontera, dejando abandonadas en poder de los republicanos las plazas de los Estados de Nuevo Leon, Coahuila y Tamaulipas, con lo cual queria reducir á Maximiliano á la impotencia de sostenerse, y congraciarse con D. Benito Juárez para obtener de su gobierno el reconocimiento y pago de la deuda francesa. ¡Conducta impolítica y torpe, que ocasionó graves males á México y completó la deshonra del gobierno frances!

Quando el Emperador Maximiliano vió el despacho del

gobierno de Napoleon, de que ya hicimos mencion, manifestó su profunda indignacion con estas palabras dichas en presencia de varias personas. «Napoleon se burla de mí: existe una convencion formal entre él y yo, sin la cual jamás habria aceptado el trono, que me garantizaba absolutamente el auxilio de las tropas francesas hasta el fin de 1868.» Pero por cierto que fuera esto, como en efecto lo era, segun lo hemos visto ya en el tratado de Miramar, el hecho era que Napoleon obraba en contra de aquellos compromisos, y que no era posible cambiar en aquellos momentos el curso de los acontecimientos: así es, que la primera idea del angustiado Príncipe, fué abdicar la corona y volver á Europa; pero la Emperatriz Carlota, dotada de una voluntad mas enérgica y previendo todo el ridículo que caia sobre ellos con aquel paso, se decidió á ir violentamente á Europa para exigir de Napoleon el cumplimiento del tratado de Miramar, y procurar en Roma el arreglo de las cuestiones religiosas. El Emperador accedió á esta resolucion de su esposa, quien salió de México el dia 8 de Julio, embarcándose en Veracruz el dia 13 en el Vapor *Emperatriz Eugenia* acompañada del general Uruga, del conde de Alcaraz D. Felipe Neri del Barrio y de D. Martin del Castillo y Cos, Ministro de negocios extranjeros.

A pesar de los amargos desengaños que cada dia recibia Maximiliano del gobierno frances, el dia 26 de Julio modificó su ministerio, suprimiendo la cartera de fomento y nombrando ministros de guerra y hacienda en lugar de los que habia: al general M. d' Osmont y al intendente del ejército francés Mr. Triant; y á la vez nombró gefe de su gabinete al P. D. Agustin Fischer, aleman protestante convertido al catolicismo en México y hecho sacerdote católico en el Obispado de Durango.

Estos nombramientos fueron muy mal recibidos de la



sociedad mexicana; y los Estados-Unidos que no perdian ocasion de hostilizar al Imperio Mexicano y abatir el nombre francés, luego hicieron reclamaciones por ellos, pasando por el ministerio de relaciones una nota el 16 de Agosto, al Marqués de Montholon, en que le manifestaba el desagrado con que veía el gobierno de Washington aquellos nombramientos y el peligro que habia de que á causa de ellos se alteraran las buenas relaciones que existian con Francia.

La Emperatriz Carlota llegó á Paris la tarde del 9 de Agosto, y el 11 se presentó en Saint Clond, donde fué recibida con la pompa y solemnidad que correspondia á su dignidad de Emperatriz de México. S. A. el Príncipe Imperial le dió la mano al bajar del carruage y la acompañó hasta donde la esperaba la Emperatriz Eugenia: el Emperador Napoleon, que no conocia su conciencia bien tranquila en el desgraciado negocio de la expedición á México, y sabiendo cual era la energía y dignidad de la Emperatriz Carlota, temió como el reo que se presenta á su juez, ó como el verdugo se espanta con la aterradora presencia de su víctima; habia pretestado enfermedad para no recibir á aquella desventurada Princesa; pero ella insistió en verlo, y le presentó la memoria siguiente.

«El Sr. Ministro de Francia en México ha puesto en manos del Emperador Maximiliano la carta de S. M. el Emperador Napoleon y la memoria á ella adjunta. La atenta lectura de tal memoria no ha podido menos de sorprender valerosamente al Emperador, no por su conclusión, sino por la naturaleza de los motivos que ha creído deber alegar para justificarla.

«Leese en el principio de la memoria, que la Francia ha cumplido lealmente los compromisos que se impuso por el tratado de Miramar. Añádese que ella no ha recibido sino muy incompletamente de México las compensa-

ciones equivalentes que le fueron ofrecidas. Es importante llamar la atención sobre este punto. El tratado de Miramar conferia el cargo de comandante en jefe del ejército mexicano, al que lo fuese del cuerpo expedicionario, invistiéndole así del poder, é imponiéndole por consecuencia, la obligacion de pacificar el país. La razon rehusa admitir que el Emperador Napoleon, que declaró hoy aun, haber prestado su apoyo para la fundacion de un gobierno fuerte y regular en México; la razon y la equidad, repetimos, rehusan admitir que S. M. creyera que en México pudiera fortalecerse y marchar normalmente, es decir, cumplir sus compromisos, un gobierno, interin no se efectuara la completa pacificación. En efecto, y esto no necesita demostrarse, sin paz no se pueden esperar presupuestos en equilibrio, ni aumento de recursos en la Hacienda. Los fondos de los dos empréstitos se han consumido en su mayor parte en la guerra civil, cuyas consecuencias deben imputarse al comandante en jefe del ejército franco-mexicano, que por su inacción durante año y medio, ha concluido, forzoso es decirlo, por dejar á los disidentes que se apoderen de la mitad del país.

«Nadie ignora que en México las aduanas marítimas son el elemento mas productivo para el erario. Ahora bien, dichas aduanas están en ruina desde hace un año, á consecuencia de la interrupcion de las comunicaciones con los mercados del interior, cuyas comunicaciones han sido cortadas por los disidentes. En este momento las aduanas de Matamoros, Minatitlan, Tabasco, La Paz y Huatulco se hallan en poder de los enemigos del imperio; las de Tampico, Tuxpam, Guaymas, Mazatlan y Acapulco son improductivas, estando dichos puertos estrechamente bloqueados por los juaristas, y habiéndose visto en la necesidad de emigrar los comerciantes imposibilitados



de ocuparse en ninguna clase de negocios. Es posible obtener en semejantes circunstancias la nivelacion de los ingresos y los gastos públicos, cuando á medida que la guerra civil se prolonga, disminuyen los recursos? Reducido el gobierno á las aduanas de Veracruz únicamente, ¿puede hacer frente á las pesadas cargas que el tratado de Miramar le impone? Suponerlo seria hacer una injuria al espíritu del gobierno francés y dudar de su buena fé; porque sobre un presupuesto de ingresos de diez y nueve millones de duros, se sabe que las aduanas marítimas deban suministrar once millones.

«Sí, es indudable que por el convenio de Miramar, México se comprometió á sostener el cuerpo expedicionario francés, pagando sus gastos de guerra y de ocupacion, pero no creia de ningun modo que esta ocupacion se limitara á la tercera parte del país; ni podia prever, que solo los trasportes de guerra correspondientes á las columnas, que han ocupado y luego evacuado á Michoacan por catorce veces, cinco veces á Monterey, dos veces á Chihuahua, representarian la enorme suma de diez y seis millones de francos. El gobierno imperial mexicano no podia prever, ni habia podido admitir como probable, el hecho de que al cabo de tres años de una guerra ruinosa, el general en jefe del ejército franco-mexicano, compuesto de cincuenta mil hombres, no hubiera conseguido someter las ricas provincias de Tabasco, Guerrero y Chiapas, donde no se ha visto ni un soldado francés. No podia suponer, sobre todo, que despues de prolongar tres años la guerra, gracias á la inaccion del comandante en jefe ó á sus disposiciones, todos los extensos Estados del Norte habrian caido de nuevo bajo el yugo de los juaristas. Basta hechar una rápida ojeada sobre la adjunta carta geográfica, para convencerse de esta deplorable situacion militar, y de la injusticia notoria que se comete al

dirigir un cargo contra el gobierno imperial mexicano, por no haber satisfecho las exigencias del tratado de Miramar; el general en jefe francés ha privado á este gobierno de sus naturales recursos, no terminando pronta y felizmente la guerra. Este es un hecho que debemos hacer constar de un modo solemne, pues no ha dependido de nosotros el evitar sus consecuencias.

«Antes de concluir la guerra civil en los Estados Unidos, el Emperador Maximiliano se creyó en el deber de llamar seriamente la atencion del comandante en jefe, sobre la necesidad de desplegar la mayor actividad para terminar la pacificacion del país. *El mariscal se hizo sordo á estas exhortaciones, y abandonó provincias enteras para retirar sus tropas, las cuales permanecieron durante muchos meses en una inaccion fatal.* El 10 de Noviembre de 1865 le escribió el Emperador lo siguiente: «He recibido noticias de Monterey, que me hacen conocer los graves inconvenientes que causa la evacuacion de esta plaza importante, por las tropas francesas. Por regla general creo que es menester evitar el abandonar esas grandes ciudades del Norte, que ocupadas al principio y entregadas luego á sí mismas, caen muy pronto en poder de nuestros enemigos: estas alternativas tienen el grave peligro de hacer perder la confianza á sus habitantes, y poner á la vista de nuestros vecinos escenas perjudiciales, que pueden extraviar la opinion en los Estados Unidos. Me parece tanto mas necesaria la reocupacion de Monterey por las fuerzas francesas, cuanto á que desde allí pueden prestar ayuda y auxilios al valiente general Mejía, cuya situacion en Matamoros no deja de ser difícil y comprometida.

«El 4 de Diciembre del mismo año, insistia de nuevo S. M. sobre este punto.» Acabo de recibir, escribia, noticias muy desagradables de Sinaloa y del Departamento



de Mazatlan. Las poblaciones de estas comarcas no saben darse cuenta de la causa que motiva la salida de las fuerzas francesas, antes que cuerpos mexicanos bien organizados vayan á reemplazarlas. Ellas ven con terror al general Corona, próximo á apoderarse de un solo golpe de todo el país que antes nos estaba sometido. Su confianza está, por lo tanto, profundamente debilitada; y esta fatal medida nos hace perder en el espíritu público mas que una derrota grande, pues parece indicar que el gobierno mismo no tiene fé en el porvenir.

«En otra carta de 17 de Diciembre de 1865 el Emperador indicaba al mariscal Bazaine la necesidad urgente de ocupar el puerto de la Paz, capital de la Baja California, para impedir que esta importante Península, que cierra el golfo ó mar de Cortés, fuese invadida por los filibusteros americanos ó cayera en poder de los disidentes. El comandante en jefe respondió al punto. «Me apresuro á contestar á la carta que me ha dirigido V. M. fechada este mismo dia, con motivo de la contrarrevolucion que acaba de estallar en la Paz, capital de la Baja California. Tan luego como llegaron á mi conocimiento esos acontecimientos, di orden al almirante Mazéres, que manda la division naval de las costas del Pacífico, para que tomara una compañía francesa en Mazatlan, se dirigiera á la Paz y estableciera el orden.» La compañía francesa nunca se ha presentado en la Paz, y la Baja California permanece aun en poder de los enemigos del Imperio. El mariscal mismo ha reconocido la verdad de los hechos, puesto que en Enero de 1866, anunció que la inaccion de sus tropas iba á cesar y que bien pronto veria el Emperador que no era la cuestion militar la que debia en adelante preocuparle. La realidad vino, por desgracia á demostrar que esta promesa solemne seria tan vana como todas las demas.

«En diferentes épocas el comandante en jefe ha pretendido explicar los resultados deplorables de su actitud, quejándose de algunas autoridades infieles. Estas reconvencciones han hallado eco en la memoria; mas será fácil demostrar su poco fundamento. El 2 de Diciembre de 1865, el emperador pedia al mariscal notas de informes sobre todos los funcionarios mexicanos, y el 6 de Enero de 1866 le decia: «Espero de vd. á vuelta de correo los nombres de las autoridades que le parezcan desleales y deban destituirse, porque quiero poner á la disposicion de vd. todos los medios que estén en mi poder: yo reemplazaré esas autoridades con otras que le merezcan á vd. confianza. Insiste vd. en que se pague con regularidad á las tropas: sobre este punto es menester advertir que mi gobierno ha hecho cuanto le ha sido posible: ha llegado hasta el extremo de dejar á un lado las obligaciones de los servicios civiles mas necesarios, para consagrar exclusivamente todos sus recursos al ejército. El ejército solo absorbe todas las rentas del Estado, y basta fijar la vista en las cuentas del ministerio de hacienda para convencerse de ello.»

«El 10 de Enero señaló el comandante en jefe á tres funcionarios y al ministerio, como no mereciendo su confianza. El Emperador les hizo saber dos dias despues su resolucion sobre este punto.» Esperando que el trabajo completo que me ofrece vd. llegue á mis manos, decia S. M., pongo en su conocimiento que las tres personas que cita vd. han sido destituidas de sus cargos.» El 5 de Marzo siguiente se varió el ministerio.

«Se ha vituperado tambien al gobierno Imperial mexicano por no haber marchado exclusivamente con cierto partido y por haber intentado una obra de conciliacion. Pero que se ignora que esta política fué la aconsejada desde el principio por los mismos generales franceses?